

El óleo incompleto

(Tributo a "Berenice" de E. A. Poe)

Esto será lo primero que escriba, lo primero y lo único, nada más en mi vida tiene el valor para ser escrito. Lo más correcto es que empiece contando quien soy.

Mi nombre es Mauro Villarreal, nací en una familia acaudalada, de lo que se conoce como alta sociedad, claro que no hay descripción menos adecuada. Materialmente nunca me hizo falta nada, las pocas cosas que desee las tuve, así como también gran cantidad de cosas que nunca quise ni necesite.

Fui educado para convertirme en un hombre de mundo, supuestamente culto. Estudié varios idiomas, economía, sociología, política, que me desagradaba a un nivel enfermizo, también estudié varias artes como la pintura, caligrafía, tocar el piano y el violín.

A pesar de éstas supuestas cualidades nunca me sentí culto o superior, nunca me sentí parte de esa alta sociedad, me repugna el comportamiento de la alta sociedad, así como también me molesta la clase baja que con gusto se deja pisotear...

Muchas veces fui arrastrado a reuniones, banquetes y bailes para presentarme, para presumir mis conocimientos, a encontrarme con jóvenes y estúpidas mujeres ricas, cubiertas en alhajas y maquillaje que no les dejaba respirar ni un centímetro de su piel, mas vacías y tontas que sus madres que buscaban que yo las desposara.

No soportaba tal falsedad, ese vacío, tantas mentiras. A un año de haber cumplido mi mayoría de edad escape de ese ambiente, abandoné la plantación de mis padres para venir a vivir al ajetreo de la ciudad, obviamente no sin las comodidades que el dinero me podía brindar, a las cuales debo admitir estoy muy acostumbrado. Algo en ésta ciudad me atraía, me cautivaba, la verdad aún no descubro que es.

Compré una casa bastante amplia cerca del centro de la ciudad, conseguir servidumbre no fue problema. Pasé los primeros días en la ciudad recorriéndola, solo para descubrir que detesto a la gente, a todos y a cada uno de ellos; individualmente son patéticos, ingenuos, encerrados en sus tristezas y alegrías, los aborrezco y como grupo, son ciegos, dominados por la inercia de la sociedad, incapaces de pensar, realmente odio a la multitud.

Las siguientes semanas me encerré en mi casa, pensando, divagando tocando lúgubres melodías en el piano, era lo único que me agradaba, torturarme con melodías barrocas salidas de mi piano.

Decidí aprovechar mi talento en las artes para complacerme a mí mismo, y me aventuré a colocar un anuncio en el periódico para buscar a una joven modelo. Mi anuncio fue contestado de inmediato por una bella y petulante joven de la cual no recuerdo el nombre, la verdad no importa me deshice de ella a los pocos días, no soportaba su egolatría ni su prepotencia.

Un segundo aviso fue respondido por mi musa, la mujer más bella tanto física como espiritualmente que jamás conociera. Ángela era su nombre, el destino había conspirado para darle aquel nombre perfecto, nunca me atreví a estropearlo mencionando su apellido, ella era simplemente Ángela.

Desde el momento que la vi quedé cautivado, no me atrevo a describir su belleza, jamás podría hacerle justicia, pero debo decir que era completamente natural, nunca se ocultó tras joyas o maquillaje. Aún mas que su belleza física tenía algo más que me atrapaba, y me consumía, no lo puedo precisar, su inocencia, su energía, su aroma, su presencia, no buscaba cuestionarlo demasiado ya que lo prefería así, como un misterio. Rápidamente me encariñe con ella y para mi sorpresa, ella conmigo, empecé a disfrutar nuestras reuniones mas allá de lo relacionado a la pintura, me encantaban sus pláticas, las historias de su vida, yo siempre la escuchaba y me llenaba de alegría, de una alegría que nunca había sentido.

Hicimos docenas de óleos, tan pronto terminaba uno comenzaba otro sin demora y ella parecía realmente encantada. Yo sabía que no lo hacía solo por el dinero, realmente lo disfrutaba, disfrutaba el vínculo entre nosotros.

La dibujé y la pinté tantas veces que creo que ahora puedo hacerlo de memoria, sus ojos, sus labios, su cintura, su cuello, sus pechos, sus caderas, pero sobre todo sus manos, simplemente eran perfectas, nunca habrá manos más hermosas, femeninas, delicadas, ligeramente angulosas y tan tersas... tuve la experiencia de llegar a tocarlas mas de una vez, de entre todas sus cualidades físicas era lo que más me gustaba de ella, sus manos.

No espero que entiendan mi relación con Ángela, ni lo espero ni lo deseo, lo que tuve con ella fue mío solamente. Los mundanos solo entienden sus burdos amores, relaciones carnales, vacías y egoístas, tan débiles y frágiles como ellos mismos. Morirán en la ignorancia que nacieron, sin haber experimentado de verdad.

Hace un par de días me encontraba sentado en el piano, tocando una de mis piezas favoritas, lo recuerdo muy bien, estaba a la espera de que Ángela llegara. Me gustaba ese sentimiento, la expectativa a que algo agradable iba a pasar, me gustaba "torturarme" tocando melodías lentas mientras miraba el reloj, esperando el delicioso momento en que Elia, mi criada, tocara la puerta y dijera "La señorita Ángela ha llegado señor", yo siempre respondía con un frío y calmado "Hazla pasar".

Ese día yo permanecí sentado al piano tocando con serenidad, instantes después Ángela apareció en la puerta de mi estudio, quería dar la impresión de que su presencia no tenía importancia, aunque en mi interior mi corazón golpeaba con fuerza, estúpidas apariencias, pero me agradaba así y estoy seguro de que ella también disfrutaba de la imagen que tan concienzudamente yo había creado.

-Buen día señor - me saludó con una flamante sonrisa.

-Buen día señorita Ángela -respondí con calma, -¿está usted lista? Estoy impaciente por terminar el óleo, realmente me ha cautivado, creo que

finalmente he sido capaz de hacerle algo de justicia a su belleza –dije elocuentemente aunque asegurándome de no denotar emoción alguna.

Ella soltó una inocente y apenada risita por lo bajo y fue claro como le subió el color a las mejillas.

-¡Por supuesto! Creo que ninguna mujer podría resistirse a su manera de hablar señor Mauro –dijo ella sonriendo, -si tan solo mas hombres hablaran como usted lo hace...

-...le quitaría el mismo calor al mundo –terminé su frase con tal hipocresía y me envió una mirada de suave reproche sin dejar de sonreír.

Sin decir nada mas se dio media vuelta y se dirigió al biombo para desvestirse, mientras tomé el lienzo a medio pintar y lo puse en el caballete, acerqué las pinturas y tomé asiento frente al lienzo. Ángela regresó vistiendo la bata de ceda que yo había comprado especialmente para ella, se paró frente a mí, se quitó la bata para dejarla en el respaldo de una silla y tomó la misma posición que había tomado los dos días anteriores.

Pasamos varios minutos en silencio en los cuales solo se oía el rasgueo de mi pincel contra el lienzo.

-Ayer volví a salir con el señor Enrique –comentó ella de repente.

En nuestras largas sesiones de pintura Ángela se dedicaba a contarme sus vivencias, desde las más cotidianas hasta otras más significantes, además como yo no salía mucho era una buena manera de enterarme de lo que pasaba en la ciudad. Yo apreciaba sus pláticas y me entretenían de sobremana, aunque solamente la escuchara. Durante varios meses ella había estado frecuentándose con Enrique Cabral, hijo de unos ricos españoles, a quien yo no conocía personalmente.

-Fuimos a pasear por la ciudad en uno de sus nuevos coches y después a cenar –continuó diciéndome, -y durante la cena me ha pedido que me case con él.

Volteé a verla al rostro rápidamente, había intentado mantener la calma y la frialdad, tal vez tratando de imitarme, pero su emoción era demasiado obvia. Dirigí mi mirada a su hermosa mano izquierda y efectivamente llevaba puesto un anillo que no tenía en la sesión anterior.

-Supongo que has aceptado –dije con una ligera sonrisa. –Felicidades entonces –completé sin mucho entusiasmo.

Realmente no me causaba ningún conflicto que se desposara con el joven Cabral, yo nunca tuve interés en hacerla mi esposa, mi vínculo y cariño hacía ella iba más allá como ya he explicado. Solo me interesaba seguirla viendo, seguirla escuchando, seguirla pintando...

Al destino, sin embargo, le gusta robarnos aquello que nos hace felices.

-Después de casarnos... él desea regresar a España con sus padres –sus palabras habían dudado en su boca antes de salir de sus labios, ella sabía lo que significaba para mí y lo que su partida me provocaría.

Yo me quedé atónito, realmente no lo esperaba, el pincel rodó de mi mano y llegó hasta el suelo, no podía dejar de verla a los ojos, no podía creerlo. Ella giró el rostro, no soportó el peso de mi mirada, sus ojos se bañaron en

lágrimas aunque no derramó ni una sola. Tomó la bata del respaldo de la silla y se la puso, era más que obvio que no seguiríamos la pintura.

-Mauro... -me dijo con tono suplicante, fue la primera y única vez que me habló sin formalidades. -...me gustaría que fuera a mi boda, me alegraría mucho.

No di respuesta alguna, no podía decir nada, la idea de perder a Ángela se había vuelto todo, nada más ocupaba mi cabeza. Nunca nada antes me afectó de esa manera, hasta hoy no lo comprendo y me sorprende mi falta de capacidad para aceptar la pérdida y el cambio.

No me percaté en que momento se vistió y se fue, en el estado en que me encontraba ella no había podido hacer otra cosa, me pareció escuchar que se despidió de mí y me besó en la mejilla, pero no puedo asegurar si eso fue real.

Las noches siguientes se volvieron eternas, era casi imposible conciliar el sueño en la inmensa oscuridad y silencio. Los días habían perdido el poco brillo que tenían, nada más me animaba, nada más me apetecía, ya ni siquiera tocar el piano, anteriormente siempre había podido escapar a mis lúgubres melodías. Permanecía todo el tiempo encerrado en mi habitación y en mi estudio, anteriormente mi encierro se extendía a toda la casa. Elia me llevaba comida tres veces al día todos los días, sin embargo comía solo por que sabía que tenía que hacerlo. Por momentos intentaba convencerme de seguir adelante, de olvidarla, de dejarla ir, era solo la primera de las 9 musas, encontraría a la siguiente, una nueva inspiración, una nueva vida, un nuevo comienzo pero entonces volvía a mi mente la imagen de aquellas manos perfectas, no volvería a encontrar unas iguales jamás y ese simple recuerdo derrumbaba todos mis intentos por dejarla ir.

Llevaba 3 días en aquel estado, en ese momento me encontraba sentado frente al piano, pero no podía tocar, lo recuerdo con claridad, en algún momento tocaron a la puerta y sin esperar contestación Elia entró al estudio y se dirigió directo a mí.

-La señorita Ángela acaba de venir a dejarle esto -me dijo y me entregó un sobre blanco, se dio la vuelta sin decir más.

Yo sabía exactamente que era aquél sobre, lo que contenía, aún así lo abrí. Efectivamente era la invitación para la boda de Ángela que tendría lugar dentro de una semana, la fecha de la boda era antes de lo que esperaba, supongo que el dinero del joven Cabral podía acelerar los arreglos de la boda. Entonces vi en la parte superior de la invitación los nombres de Ángela y del joven Enrique entrelazados, impresos con unos trazos fluidos y complicados. Era de lo más común y mundano que había visto, y me imaginé a Ángela escogiendo precisamente aquel estilo de falsa caligrafía. No pude evitar soltar una amarga y sonora carcajada, había llegado tan bajo, me estaba ahogando en aquella trillada y vulgar depresión, era de lo que más aborrecía de los hombres ordinarios, aquellas vacías y egocéntricas emociones. Solté otra risotada.

Minutos después con mi inflada y petulante dignidad restaurada, regresé a mis lúgubres sonatas en el piano, tocando con un nuevo talento insospechado incluso para mí.

Al día siguiente recobré mi porte, ataviado con ropas adecuadas, visite todos y cada uno de los cuartos de la casa, me sorprendió ver que a la servidumbre le agradó verme paseándome por la casa en mi actitud normal. Me sentía vivo nuevamente, como si hubiera alcanzado un logro importante para mí. Más tarde ese día escribí una carta a Ángela agradeciéndole por la invitación a la boda, la cual tenía que declinar y explicando sinceramente que no soportaría ese tipo de reunión pululada por mundanos. Envié a Elia a entregar la carta, también le pedí que una vez que hubiera entregado la carta buscara en los comercios de la ciudad los más finos y mejores guantes de seda que pudiera encontrar sin importar el costo, ese sería mi regalo de despedida para ella. Una vez que Elia me trajo los guantes y los guardé en un pequeño cofre de madera con incrustaciones de plata que tenía desde hace tiempo, era tal vez demasiado grande para contener solo los guantes, pero siempre me agrado el aspecto de ese cofre y me pareció que se adecuaba perfectamente a la situación.

Elia se enteró, cuando fue a entregar mi carta, que la pareja viajaría a España al segundo día después de desposarse, por lo que yo mismo iría a entregar el regalo un día antes de que partieran.

Pasé los siguientes días a la espera de mi fecha planeada para ir a hacer la visita y entregar el presente, al principio me contentaba con tocar el piano, pero ese gusto pronto se desgastó, a lo largo del día iba varias veces a mi escritorio, donde tenía aquel pequeño cofre, lo tomaba y revisaba su contenido, imaginaba como las manos de mi musa llenarían aquellos guantes...

Me disgustaba conmigo por aún aferrarme a ella, me obligaba a dejar el cofre y regresar al piano, y me consolaba pensando que era el proceso obvio para dejarla ir, me iría desprendiendo de ella poco a poco hasta que se convirtiera en un recuerdo cálido y agradable.

A pesar de esto, con el paso de las horas mi impaciencia se volvió incontrolable, la falta que me hacía se iba acentuando cada vez más. En mi desesperación tomé todos los óleos de Ángela que había pintado y los colgué en las paredes de mi estudio, las cuales quedaron prácticamente tapizadas de imágenes de la misma mujer. Aquella pintura incompleta, la coloqué en la pared detrás del piano para poder verla cada vez que me sentara a tocar. Pero no volví a tocar el piano, me pasaba horas viendo los óleos, recordando momentos agradables que había pasado con Ángela que ahora se habían vuelto amargos, y en los giros del pensamiento mis ideas se volvieron poco claras, se distorsionó la realidad, las dudas aparecieron en mi mente, la desconfianza se apoderó de mí y sin darme cuenta pronto me encontraba sumido en imaginativas y desfavorables conclusiones a mi plan.

Llegó el día de la boda, pasé la mañana y la tarde sin que ocurriera nada diferente, pero en la noche sufrí de un ataque de nerviosismo e intranquilidad que me mantuvo despierto hasta la madrugada, en mi cabeza repasaba lo que tenía planeado incontables veces, imaginando diferentes escenarios de lo que podía pasar y como debía reaccionar ante ellos.

A la mañana siguiente me levante sin haber descansado, me atavié uno de mis mejores atuendos y bajé al comedor a desayunar. Una vez que regresé a mi estudio me disponía a salir de una vez, pero decidí que sería mejor hacerlo más tarde, al fin y al cabo a los recién casados no se les debe molestar demasiado temprano después de la noche de boda. Empecé mi rutina de pasearme entre los óleos, meditando, pensando como me iba a presentar, que es lo que iba a decir, como me iba a despedir...

Pronto me perdí en las formas y colores de aquellas Ángelas de pintura, no se cuanto tiempo estuve divagando de nuevo en falsas posibilidades, escuchando voces y viendo imágenes provocadas por el cansancio, tan poderosa es la mente que por un momento estuve casi seguro de estar bajo el sol y de haber escuchado la voz alterada de una mujer, sin duda alucinaciones por el cansancio mental y emocional al que había estado sometido desde que Ángela me dijo que se marchaba.

Me encontré tirado en el suelo de mi estudio, estaba completamente oscuro, la falta de sueño hizo que quedara dormido, me levanté y encendí la luz del cuarto, consulté mi reloj y me sobresalté al ver que pasaban de las 12 de la noche. Me enfurecí conmigo, ¿cómo había perdido todo el día? ¿Cómo perdí la oportunidad de despedirme de Ángela?, era más que impropio presentarme a esa hora, simplemente lo había arruinado, solté insultos e improperios al techo y los puños me temblaban de coraje. Pasaron minutos antes de que pudiera tranquilizarme, me dolía la cabeza y me sentía cansado otra vez, tratando de ya no pensar más, me dirigí a mi cuarto a recostarme, ni siquiera el cofre atrajo mi atención esta vez, simplemente entré a mi cuarto, me puse ropa para dormir y me acosté en la cama. Sorprendentemente el sueño me invadió rápidamente y pronto me quedé dormido.

Desperté a la mañana siguiente sin sentirme muy descansado, me levanté y salí de mi cuarto, me dirigí al comedor de la casa en el primer piso, al pasar por el estudio me pareció sentir un olor diferente, algo peculiar y conocido, lo ignoré intencionalmente, no tenía deseos de entrar a ver las pinturas y aquel cofre. Me senté a la mesa del comedor, el desayuno estaba servido y comencé a comer sin muchos ánimos.

-Buenos días señor -me saludó Elia mientras me traía una tasa de café.

-Buenos días -le respondí, no volteé a verla, aunque me percaté de que su actitud era extraña.

-Señor Mauro...-me dijo dubitativa, ahora le presté toda mi atención, -hoy en la mañana me enteré de que la señora Ángela está en el hospital.

-¿Qué? -pregunté forzando una calma que resultó demasiado obvia. ¿Qué fue lo que pasó? -ella me miró durante un momento sin decir nada, parecía confundida y asustada.

-Pues...el señor Enrique y la señora Ángela...fueron atacados ayer en la noche...

No escuché el resto de lo que dijo Elia, me quedé inmóvil, un hormigueo recorrió todo mi cuerpo, fue el pánico que me había invadido rápidamente, me levanté de golpe y me dirigía con prisa a mi habitación.

-¡Que preparen el auto para salir! -le grité a Elia mientras salía del comedor.

Corrí hasta mi cuarto, rápidamente me vestí con ropa adecuada para salir y volví a bajar tan rápido como me fue posible. Bruno, mi chofer, había llevado el auto hasta el frente de la casa, subí al auto y nos dirigimos al hospital. Mi mente iba en blanco, no sé si por la preocupación o el miedo, pero solo iba concentrado en llegar al hospital y al cabo de diez minutos llegamos.

Al entrar al hospital sentí una multitud de miradas clavadas en mí, mi incursión al exterior debía ser sumamente extraña para la gente, aunque era inesperado que todos aquellos mundanos me conocieran de simple vista.

Pregunté a una enfermera y ella muy servicialmente me llevó hasta la habitación donde se encontraba Ángela. Antes de dejarme entrar, me dijo que el joven Enrique había fallecido en el transcurso de la noche debido a las heridas que presentaba, honestamente eso era de mínima importancia, me indicó que el estado de Ángela era crítico, que posiblemente no pasaría mucho tiempo para que ella también falleciera y que debía prepararme para el impacto que me provocaría verla, así que reuní mi coraje, mi corazón latía con fuerza, y decidido entré al cuarto...

Nada, absolutamente nada, pudo haberme preparado para lo que vi.

Una hora más tarde habíamos regresado a la casa, me encontraba atónito, ni mi mente ni mi cuerpo se habían recuperado del impacto de ver a Ángela así, deformada, mutilada.

Ausente, entré a la casa, con paso lento y pesado subí a mi estudio, al pasar el pasillo, me vi al espejo, estaba más pálido que el hueso, parecía enfermo, no me detuve mucho a contemplar aquella deplorable imagen, entré a mi estudio y me senté al piano. Todavía no se por qué me dirigí al estudio, nada me apetecía menos en ese momento que tocar el piano o ver las pinturas de Ángela, quien nunca volvería a ser la misma, nunca más volvería a lucir su cuerpo completo, tal vez ni siquiera viviría la noche. Fue entonces cuando volví a sentir aquel olor, ese aroma penetrante y denso. Me levanté del piano, y comencé a buscar el origen de aquel aroma, pronto descubrí que venía del pequeño cofre que pensaba regalar a Ángela y que seguía sobre mi escritorio. Tomé el cofre y en ese preciso instante reconocí el olor, mi corazón empezó a palpar con toda su fuerza contra mi pecho incluso más fuerte que antes de entrar al cuarto del hospital, mis manos se sacudían al ritmo de sus latidos. Abrí el cofre y automáticamente lo dejé nuevamente en el escritorio, aterrorizado di un par de pasos hacia atrás y tropecé con el piano.

En ese momento fue que el torrente de recuerdos regresó violentamente a mi cabeza, ya que dentro del cofre, encima de los guantes de seda se encontraban las manos de Ángela que yo mismo había cortado el día anterior.

¿Cómo pude perder tanto tiempo de mi memoria? ¿Cómo había suprimido aquellos recuerdos?

Durante las horas que pensé que había perdido paseando entre los óleos y finalmente había caído dormido, en realidad había salido de la casa, con el cofre en las manos y con un cuchillo de cocina en el bolsillo de la chaqueta, me dirigí a pie hasta el hogar de los recién casados, el joven Enrique fue quien me recibió en la puerta, me saludo cortésmente y yo contesté acuchillándolo en el cuello y luego repetidamente en el estómago, la sangre escurrió por el cuchillo hasta mi mano, debo admitir que fue una sensación sumamente seductora, el joven Enrique se desplomó lentamente hasta quedar tendido e inmóvil, Ángela llegó corriendo y gritando, la golpeé con todas mis fuerzas en el rostro con el cofre y cayó inconcientemente al suelo, sin perder tiempo atravesé sus muñecas con el cuchillo y desprendí limpiamente las manos de los brazos y las puse dentro del cofre, estaba dispuesto a irme cuando caí en cuenta de un detalle, era cuestión de minutos para que Enrique muriera, pero Ángela podía sobrevivir y hablar, no tenía interés en matarla, simplemente callarla, así que introduje el cuchillo en su boca y le corté la lengua, la cual arrojé a una esquina. Salí de aquella casa, no había nadie cerca, así que mi acción quedaría desapercibida, cerré la puerta de la casa tras de mí y me dirigí tranquilamente a mi casa, subí a mi estudio y deje el cofre en el escritorio, lavé tanto el cuchillo como mis manos para retirarles la sangre, volví entonces al estudio y seguí paseándome por entre mis óleos.

Debo admitir que aunque al principio me aterró el regreso de mis recuerdos, pronto me sedujo la idea de poseer las manos de Ángela, de hecho me causo gran alegría, saqué las manos de cofre y las coloqué sobre el piano en una postura natural, delicada y femenina, acerqué mi caballete cargado con un lienzo y comencé a pintar aquella imagen.

Sin duda es la mejor obra que jamás he pintado, ahora me he procurado un par de horas para escribir esto, pero debo regresar a mis pinturas, debo aprovechar el tiempo que podré disfrutar de esas manos.